

Pluriculturalidad e historia

BORJA DE RIQUER I PERMANYER

Es sabido que los actuales planes de estudio de Primaria, ESO y Bachillerato tienen notables déficits en sus planteamientos formativos y parece evidente que es insuficiente la presencia de las materias básicas de Humanidades, y en especial de la Historia. Ahora bien, dado que las competencias educativas están traspasadas a las comunidades autónomas, cualquier iniciativa ministerial sobre la programación y sus contenidos debe negociarse y consensuarse con ellas. Las pretensiones homogenizadoras de los contenidos pueden esconder una voluntad intervencionista y el resurgir de ciertas visiones unitaristas que creíamos periclitadas. Porque, en el fondo, parece que en esta cuestión la principal preocupación de algunos se centra en un intento de desautorizar las visiones sobre la pluralidad de identidades y culturas existente en España, pluralidad que la Constitución de 1978 reconoce y que la mayoría de los Estatutos de autonomía defienden y fomentan.

En mi opinión deben diferenciarse tres niveles, aunque están muy relacionados entre sí. Sin duda, en donde aparecen explicitadas las mayores discrepancias es en el debate ciudadano que se refleja en los medios de comunicación. Hemos leído apasionados alegatos que presentan la cuestión de las identidades en España como una especie de "drama hamletiano", y también argumentaciones que tienden a despreciar, o ignorar, la importancia de esta temática.

Frente a ello hay que hacer constar que es mucho más sereno, aunque trascienda poco a la sociedad, el debate entre los historiadores, que tiende a ir superando las secuelas heredadas de los planteamientos del pasado. Aunque debe reconocerse que aún persisten sectores anclados en interpretaciones que parecen más propias de otros tiempos. Así, sólo hay que leer algunas de las colaboraciones publicadas en *España, Reflexiones sobre el ser de España* (Real Academia de la Historia, 1997) y contrastarlas, por ejemplo, con las ideas innovadoras que aparecen en el libro *Historia y sistema educativo* (Ayer, nº 30, 1998).

Finalmente, con respecto al papel de los profesionales de la enseñanza la cuestión no está tanto en discutir sobre cuántos temas, y qué temas, se deben enseñar en cada curso sino en qué tipo de historia, y con qué contenidos debe transmitirse a los alumnos. Hoy el debate entre los enseñantes está centrado en la dimensión didáctica de la historia y su valor formativo, dado que los contenidos dependen en gran medida de la función que se le atribuye. La enseñanza de la historia en el contexto de la globalización y en el actual marco constitucional español debe ser congruente con esta doble situación, la de la inserción en un mundo cada vez más interconectado y en una realidad pluricultural como la hispánica.

Cada generación de historiadores se encuentra ante el reto de elaborar su propia interpretación histórica a partir de su particular situación y del contexto social, cultural y político en el que vive. Si defendemos la idea de que la historia y su enseñanza pueden servir para forjar y difundir valores de futuro, ello no debe basarse en afirmaciones esencialistas sobre el pasado, como si fuesen unos principios inamovibles. Debemos partir de la propia realidad del presente, del marco político constitucional del Estado de

las autonomías y aceptar que hay una pluralidad de identidades, y que España hoy es pluricultural precisamente porque es plurinacional.

La tarea primordial de los historiadores y de los enseñantes es historiar y hacer comprender las causas que han producido esta diversidad de identidades, y analizarlas como un valor positivo, sin caer en planteamientos maniqueos o excluyentes. Se debe poner énfasis en la riqueza que supone que en España haya una variedad de culturas, de lenguas, de itinerarios históricos y de identidades, y que éstas son solidarias en muchas cosas, pero que también están orgullosas de su especificidad. El discurso histórico a divulgar en las aulas debe basarse en el conocimiento de todas las identidades, en la aceptación de la diversidad y en los principios de la cultura cívica de la variedad positiva. Porque se trata de aprender del pasado para, sin renunciar a la propia identidad, avanzar en la necesidad de la comprensión y convivencia hispánica, europea y mundial, destacando que tanto los elementos cívicos comunes como los propios e identitarios pueden y deben ser compatibles. Educar a los estudiantes del nuevo milenio exige más que nunca educar en el respeto de las diferentes identidades. La Europa del futuro será multicultural, razón de más para empezar por plantear ese respeto y reconocimiento puertas adentro. Todo esto exige, lógicamente, que unos abandonen el lastre del trasnochado esencialismo y otros se quiten de encima el no menos anacrónico complejo jacobino.

Borja de Riquer i Permanyer es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona.